

GONZALO DE OYON

Escribe: CARLOS ARTURO CAPARROSO

Es el *Gonzalo de Oyón* obra que ha de ser considerada y estimada por la crítica con debida relatividad y sobre la que no es posible establecer un juicio exhaustivo, cerrado. Como obra inconclusa, disgregada y con muchos pasajes que no alcanzaron a ser definitivamente corregidos por su autor ni ulteriormente ordenados. Tal la consideración previa que debe formularse cualquier lector que acometa la lectura de la totalidad de los fragmentos que organizó, para darlos a la estampa en el tomo de *Poesías de Julio Arboleda*, en acto de vigilante patriotismo y devoción literaria, con atinados comentarios, don Miguel Antonio Caro.

Además, para una mejor comprensión y la justa captación de los fragmentos del poema, conviene el conocimiento por anticipado del argumento que había ideado Arboleda. Argumento que Caro nos ha transmitido así: "Gonzalo de Oyón viene de España con los conquistadores. Después de haber ejecutado proezas en la campaña de Pasto, llega a Popayán, intercede por el cacique Pubén, que iba a ser sacrificado por los españoles, y le salva la vida. Ocurre, empero, que Fernando, hijo del adelantado Sebastián de Belalcázar, pone atrevidos ojos en Pubenza, condena a muerte a Pubén, el cacique, y al hijo, del mismo nombre; aleja a Gonzalo con ánimo de perderle; y la infeliz Pubenza, a trueque de redimir a su padre, anciano, se resigna a casarse con Fernando. Pocos años después, desterrado del Perú, Alvaro de Oyón, hermano de Gonzalo, vuelve armas contra las autoridades establecidas por el rey de las Españas, busca auxiliares entre las tribus salvajes, reúne ejército, y marcha sobre Popayán. Gonzalo, que pasaba por muerto, aparécese de pronto en medio del combate, y decídolo en favor de la causa real. Fernando le reconoce, y obedeciendo a una inspiración diabólica, lo declara fuera de la ley y pone a talla su cabeza. Pubenza, que no ha olvidado a su Gonzalo, le escribe pintándole el peligro que le amenaza, y rogándole que se ponga en cobro. Gonzalo se refugia en el seno de una tribu salvaje. Propónenle los indios que tome con ellos partido contra los españoles; él se deniega resueltamente a hacer traición a su patria; intentan matarle; huye, y hospédale el ermitaño Caleb en las montañas de Toribío. Alvaro rehace sus huestes, y torna a amagar a Popayán. Otra bata-

lla; preséntase Gonzalo de nuevo como en la primera, y lo mismo que entonces, decide el conflicto en favor del pendón real. Ocúltase, esquivando que le descubran; pero en medio de la noche, Alvaro y Gonzalo se encuentran sin reconocerse, y riñen. Vence Gonzalo, y habiéndose reconocido los dos hermanos, alega cada cual en animada discusión las razones que le asisten para seguir adelante en el camino que lleva; Alvaro parece rendirse al fin a los argumentos de Gonzalo. Hay luego una tregua de ocho días, en que Gonzalo se ve con Pubenza en Yambitara. Sorpréndelos Fernando, se vuelve loco, sale huyendo, mata a sus tiernos hijos; a poco se aparece cual espantoso espectro a Gonzalo y a Pubenza, y no se le vuelve a ver más. Diego Delgado, en ausencia de Belalcázar, ofrece perdón y olvido a los sublevados si deponen las armas. Alvaro rehusa la gracia en cuanto a él y a los más adictos a su persona. Dispersa a los indios, éstos al despedirse le ofrecen regalos de oro, que él de un puntapié echa a rodar. Amotínanse gritando traición! Ahorca a los principales. Concluída la tregua, Alvaro con doce caballeros se arrojan sobre las armas enemigas, y venden caras sus vidas...".

Como observa el mismo Caro, Arboleda, conforme iba escribiendo, introdujo modificaciones al proyecto primitivo. Es así como quiso cambiar el desenlace con la siguiente variante: "que don Alvaro, en vez de arrojarse a una muerte desesperada, levanta el sitio de Popayán, vencido, nuevo Coriolano, de las llorosas súplicas de una madre. Ideaba, según le dijo alguna vez a su hermano don Sergio Arboleda, que el triunfo del amor filial sería digna y hermosa coronación de la leyenda". También otra novedad importante fue "la introducción del pirata inglés Walter, personaje mefistofélico, cómplice y consultor de don Alvaro".

* * *

Poeta orientado hacia metas románticas, desde sus años juveniles concibió Arboleda el proyecto de escribir un poema inspirado en la historia de América. Y fijó su atención en el incidente del levantamiento de Alvaro de Oyón contra las autoridades españolas.

Elegido así ese tema de principios de la Colonia, le introdujo las modificaciones y los aditamentos de orden imaginativo tendientes a la configuración de su propósito poético. Gonzalo de Oyón, el protagonista, como hermano de don Alvaro, para que de esta suerte resultasen las dos figuras en quienes iba a encarnar los dos caracteres contrapuestos de esa especie de filosofía que quiso infundirle a la obra, en su intención de presentar, elevándolo a categoría trascendente, un episodio de la lucha entre los paladines del orden y los partidarios de la revuelta, que tan vitalmente le tocó vivir al poeta. El tópico indigenista de los románticos americanos, con Pubenza. El pirata Walter, de igual extracción romántica. Y el fondo de la naturaleza del Cauca, lo que vino a permitirle desplegar todas las excelencias de sus insignes disposiciones en el arte de la descripción del paisaje vernáculo, uno de los aspectos mejor logrados en el *Gonzalo de Oyón*.

Finalizada la guerra de 1840, en la que Julio Arboleda inició su fulgurante carrera como uno de los más geniales militares de nuestra historia,

se retiró por algún tiempo a la vida privada, en la tierra natal. Es entonces cuando, ya planeado el asunto de **Gonzalo de Oyón**, compuso los primeros cantos, en el sosiego de su retiro campestre, en pleno fervor de su creación, rodeado del paisaje y de los recuerdos legendarios que tan hermosa interpretación habían de encontrar en sus estrofas. Luego, entre alternativas de aplicación a sus negocios personales y a las ardorosas luchas políticas en que participó tan hazañosamente, se consagró a la elaboración del poema. El que en 1851 tenía casi concluido —solo le faltaban tres cantos de los veinticuatro que lo integrarían—, cuando en asalto perpetrado a la casa de su hacienda en Caloto, en donde entonces conservaba los manuscritos definitivos, cayeron estos con otros de sus papeles en manos de los asaltantes, sus enemigos políticos, cuyo cabecilla los entregó al fuego.

De resultas de la revolución de 1851, de la que Arboleda fue uno de sus principales caudillos, tuvo que tomar el camino del exilio. Pasó al Perú, en donde se residenció por algún tiempo. En Lima se dedicó, entre otras labores literarias, a reconstruir el **Gonzalo de Oyón**.

Años más tarde, en París, tras otra agitada etapa de su vida política y militar —ya había legado a nuestra literatura la obra maestra de su elocuencia parlamentaria, el discurso pronunciado en 1855 en la posesión del Presidente Mallarino—, volvió a ocuparse en su obra dilecta. Primero copió de viejos borradores, y ordenó, algunos cantos que envió a Bogotá a don Lázaro María Pérez, quien los dio a la stampa en 1858. Poco después se dedicó a revisar y rehacer otros cantos. Arreglada así una nueva copia, la confió al cuidado de un amigo para que la trasladase de París a Bogotá. Pero el equipaje del conductor cayó en poder de una partida de revolucionarios ya en tierras granadinas —ardía para ese entonces en el país la guerra de 1860—, y el poema desapareció con el equipaje, sin que se hubiera sabido nada de su paradero.

Vuelto en aquel mismo año Arboleda a la patria para ponerse al frente de los ejércitos que combatían por la legitimidad, mientras adelantaba la campaña del Sur, halló la muerte en una aleve emboscada, entre las breñas de la fatídica montaña de Berruecos.

De esta suerte, lo que en fin de cuentas se conoce del **Gonzalo de Oyón** es el texto de los primeros borradores, reproducidos en la edición de don Lázaro María Pérez o encontrados inéditos. Todo el material que Caro utilizó para su arreglo especial y que, agrupado en catorce cuadros, aparece incluido en el tomo de **Poesías** que a fines del pasado siglo publicó, versión reproducida posteriormente en las siguientes ediciones del poema.

*
* *

La accidentada vida de Arboleda, y la etapa de turbulencias políticas en que le tocó actuar, fueron causas principalísimas en la frustración de la plena realización de la obra. Descontado, desde luego, las fallas de orden técnico y de composición que no alcanzaron a ser superadas por el poeta o finalmente rectificadas, provenientes de una vacilante concepción del plan épico. Como así mismo perjudicó a un mejor ajuste del lenguaje poético

aquella su natural tendencia a la improvisación —Arboleda tan apresurado periodista y tan fluente y fogoso tribuno— que le llevó en algunas estrofas a lo ligero y a lo discursivo.

Pero así fragmentario y todo, el **Gonzalo de Oyón** permanece enhiesto en nuestra historia literaria como ejemplar del mejor ensayo de poesía épica que en Colombia se ha escrito, como es ya un lugar común repetirlo. Plausible su inspiración nacionalista. Rotunda y mantenida su concepción trascendental, la superior filosofía del poema que lo acredita, más como una creación épica que como una simple leyenda en verso. Y diestramente realizados sus pasajes descriptivos de la singular naturaleza del Cauca, a veces encantadora, los que desglosados antológicamente del conjunto de la obra adquieren calidades líricas de belleza cierta e indiscutible. Como también merecen destacarse aquellas escenas que tanto se avenían con el temperamento dinámico y enérgico de Arboleda y en las que se presentan escenas de luchas y de lid, movidas, tensas, siempre impresionantes por el hábil manejo de los mejores recursos expresivos.